

Adolfo Sánchez Vázquez y el humanismo iberoamericano

Ambrosio Velasco Gómez

La cualidad más distintiva de la vida y el pensamiento de Adolfo Sánchez Vázquez es precisamente la congruencia, esto es, la fidelidad de su quehacer como ciudadano y como intelectual comprometido con los valores e ideales de la República española por los que ha luchado, primero con las armas y después con las letras, durante más de setenta y cinco años. Esta congruencia permite a Sánchez Vázquez superar el desgarrón existencial que experimentó con el destierro.

Al cabo del largo periplo del exilio, escindido más que nunca, el exiliado se ve condenado a serlo para siempre. Pero la contabilidad dramática que se ve obligado a llevar no tiene que operar forzosamente sólo con unos números: podrá llevarla como suma de pérdidas, de desilusiones y desesperanzas, pero también —¿por qué no?— como suma de dos raíces, de dos tierras, de dos esperanzas. Lo decisivo es ser fiel —aquí o allí— a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar —acá o allá— sino cómo se está.¹

Adolfo Sánchez Vázquez divide su vida intelectual en tres etapas: la República española (1931-1936); la Guerra civil (1936-1939) y el Exilio en México (desde junio de 1939).² Las dos primeras corresponden a su temprana juventud, son las de mayor intensidad existencial, y se expresan principalmente a través de la poesía y de la acción política, incluso militar durante la Guerra civil.

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, "Fin del exilio y exilio sin fin", en *A tiempo y destiempo*. México, FCE, 2003, p. 572.

² Cf. A. Sánchez Vázquez, *Una trayectoria intelectual comprometida*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2006.

Sánchez Vázquez escribió su primer poema “Romance de la ley de fugas”, cuando apenas tenía 17 años y se integró a una colección que llamó “Poesía en Vela”. Nos dice Sánchez Vázquez que en aquellos años: “la República que se propone lo que durante siglos ha sido imposible: modernizar el país, democratizar su vida política e introducir reformas sociales que hagan más justas las condiciones de vida de los trabajadores de la ciudad y del campo”.³

Posteriormente, en los meses previos al estallido de la Guerra civil, entre 1935 y 1936, Sánchez Vázquez escribió el libro de poemas *El pulso ardiendo*, publicado en México en 1942. “Estos poemas –nos dice Adolfo– fueron escritos en España, ya en vigilante y dramática espera de la tragedia colectiva de mi patria. Al salir a la luz, los dedicó al pueblo a quien debo el tesoro que más aprecio: una salida a la angustia y a la desesperanza”.⁴ En plena guerra, entre 1936 y 1938, continúa con su creación poética, al mismo tiempo que participa como militar republicano en el frente de batalla. Como él mismo nos dice: “Se trata de una producción breve pues la actividad del poeta se concentra, sobre todo, en hacer la guerra, en contribuir a la lucha del pueblo”.

Ya en el exilio, Sánchez Vázquez sigue escribiendo poesía, centrada ahora en el dolor del “desgarrón” del exilio que divide su existencia entre España y México. Para Sánchez Vázquez, a diferencia de José Gaos, el exilio no es “transtierro”, sino destierro,

[...] no es un simple trasplante de una tierra a otra, un hallar en la nueva lo que se ha perdido al dejar forzosamente la tierra propia, sino la pérdida de la raíz, del centro. Es un vivir en el aire, partido en dos, entre la tierra que se pisa y la tierra con la que se sueña volver, es un estar entre lo hallado y lo perdido, absorbido por un pasado que no pasa y un futuro que no llega.⁵

A partir de que la esperanza del regreso a la patria originaria se extingue, la pasión poética de Adolfo Sánchez Vázquez calla y da paso a su riguroso y creativo pensar filosófico, que desarrolla en su nueva patria y ocupa la mayor parte de su vida. La experiencia trágica de la guerra y del exilio no se olvida, pero su expresión filosófica se vuelve ahora optimista, se proyecta hacia el futuro, hacia la construcción de una utopía socialista, profundamente humanista, inspirada en el pensamiento marxista.

Acorde a sus convicciones intelectuales y políticas, Sánchez Vázquez siente la necesidad de profundizar en su formación filosófica principalmente en el

³ *Ibid.*, p. 15.

⁴ A. Sánchez Vázquez, *Poesía*. México, FCE, 2005, p. 35.

⁵ A. Sánchez Vázquez, *Una trayectoria intelectual comprometida*, p. 31.

marxismo, y por ello decide realizar estudios de posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Lo paradójico es que por los años cincuentas el marxismo apenas figuraba en esta Facultad en las cátedras de Wenceslao Roces y de Eli de Gortari. Los principales profesores, en su mayoría también exiliados, como Joaquín Xirau, José Gaos, Eduardo Nicol, José M. Gallegos Rocafull, Juan David García Bacca, enseñaban sobre todo fenomenología alemana, existencialismo y filosofía en México. Sus compañeros más brillantes como Luis Villoro, Ricardo Guerra y Leopoldo Zea desarrollaron desde estas perspectivas estudios filosóficos sobre el mexicano, integrando las enseñanzas de los maestros del exilio con las de Samuel Ramos. Ante este panorama filosófico ajeno a su interés fundamental en el marxismo, Sánchez Vázquez tuvo que ser en buena medida autodidacta, pero de ninguna manera desaprovechó sus estudios formales de filosofía en la Facultad, pues las perspectivas filosóficas predominantes le permitieron tener una visión crítica y renovada del marxismo, especialmente, del marxismo soviético. Sánchez Vázquez nos narra esta situación contradictoria de carencia y plenitud que vivió durante sus estudios de filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México:

[...] había avanzado un largo trecho en el conocimiento de la filosofía contemporánea —ajena u opuesta al marxismo— y cuanto más me adentraba en ella tanto más insatisfecho me sentía; pero, a su vez, cuanto más profunda era mi insatisfacción tanto más estrecho me resultaba el marco de la filosofía marxista dominante (la del Diamat soviético).⁶

La situación filosófica de Sánchez Vázquez era verdaderamente un dilema: el marxismo dominante resultaba estrecho y dogmático; la filosofía alemana, francesa y anglosajona que predominaba en la academia carecía de relevancia para la crítica y transformación de la realidad social. Ante este dilema encontró su propia alternativa: la de un marxismo crítico, ilustrado por un amplio y plural diálogo filosófico con otras tradiciones, a la par científico y humanista, al igual justificado teóricamente y comprometido políticamente. Esta alternativa fue precisamente el rasgo distintivo de su filosofía de la praxis, tema que constituyó su tesis doctoral, dirigida por José Gaos. Este trabajo dio origen al libro *Filosofía de la praxis* (1967), al que el propio Sánchez Vázquez considera su obra más importante y del cual hablaremos más adelante.

Sánchez Vázquez inició sus investigaciones filosóficas en el campo de la estética. En este campo uno de sus libros más importantes es *Las ideas estéticas de Marx* (1965). La idea central de este libro, ampliamente influyente en todo

⁶ A. Sánchez Vázquez, *A tiempo y destiempo*, p. 36.

el mundo iberoamericano, tanto en el ámbito filosófico como en el artístico, y el político, consiste básicamente en considerar al arte como expresión de la capacidad creadora del hombre que el trabajo enajenado en la sociedad capitalista niega y reprime. Esta capacidad creadora no puede acotarse a una forma o estilo específico como pretendió el realismo soviético. De esta manera la estética marxista de Adolfo Sánchez Vázquez cuestiona tanto la enajenación del hombre en las sociedades capitalistas como la intolerancia y el dogmatismo del socialismo realmente existente.

Aunque recientemente Adolfo Sánchez Vázquez ha vuelto a investigar sobre temas de estética, ahora vinculando el arte con las últimas tecnologías electrónicas,⁷ su trabajo de estética es el preámbulo de su principal y más valiosa contribución: la filosofía de la praxis. Esta categoría se desarrolla como resultado de una ampliación y generalización de sus investigaciones estéticas, en cuanto que Sánchez Vázquez entiende la praxis como actividad creadora y transformadora de la realidad en otros ámbitos de la vida social, principalmente en el de la ética y la política.

De ahí –nos comenta– que la praxis se convirtiera, poco después de publicar *Las ideas estéticas de Marx*, en mi preocupación teórica central. Y a satisfacerla dediqué la elaboración de la tesis doctoral titulada *Sobre la praxis* que, bajo la dirección o asesoría de mi querido maestro José Gaos, presenté en esta Facultad en 1966, y que, ya reelaborada, dio lugar al libro *Filosofía de la praxis*, que apareció un año después, en 1967.⁸

Filosofía de la praxis tuvo un efecto renovador en el pensamiento marxista y en general en el quehacer filosófico iberoamericano. Su influencia no se limitó al ámbito académico, sino también se extendió a la actividad política emancipadora. Nos dice el propio Sánchez Vázquez que la obra fue acogida en general favorablemente por los marxistas de la época. “De España y Chile me llegó en los años sesentas la estimulante noticia de que en plena clandestinidad, e incluso en las cárceles, se habían organizado círculos de estudio y seminarios en torno a *Filosofía de la praxis*”.⁹

⁷ De manera audaz, en su reciente libro *De la estética de la recepción a una estética de la participación* (México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2004, Colección *Relecciones*), nuestro filósofo propone rescatar el papel activo del receptor en el empobrecido arte digital para integrarlo y fusionarlo con “el arte de los grandes artistas” que tradicionalmente ha tenido un reducido público privilegiado y pasivo.

⁸ A. Sánchez Vázquez, *Una trayectoria intelectual comprometida*, pp. 67-68.

⁹ *Ibid.*, p. 73.

Para Adolfo Sánchez Vázquez la praxis es una actividad creadora, fundada en el conocimiento teórico rigurosamente justificado. Pero, a su vez la justificación epistémica de la teoría está en función de su efectividad para transformar la realidad circundante, de acuerdo a fines y valores ética y políticamente fundamentados. Por ello, Sánchez Vázquez enfatiza la actividad de filosofar sobre la obra filosófica misma. Filosofar para él “significa cierta relación con un mundo que no nos satisface y, con ella, la aspiración, el ideal o la utopía de la transformación”.¹⁰ Así, se filosofa siempre entre lo que es y lo que debe ser, entre lo fáctico y lo normativo. Este campo es el verdadero lugar de la praxis sobre todo la moral y la política.

Adolfo Sánchez Vázquez reivindica la política en general y la actividad revolucionaria en particular al concebirla “como una forma específica de la praxis que presenta –como otras de sus formas productiva, artística o científica experimental– un carácter creador cuya más alta expresión es la praxis política revolucionaria”,¹¹ pero más allá de la transformación de la tradición marxista, la preocupación básica de la filosofía de la praxis de Adolfo Sánchez Vázquez apunta hacia la construcción de un socialismo humanista en las sociedades contemporáneas. Ciertamente el humanismo socialista que sustenta Sánchez Vázquez es una utopía quijotesca, pero una utopía que cada vez resulta más necesario tomarla en serio:

Muchas verdades se han venido a tierra; ciertos objetivos no han resistido el contraste con la realidad y algunas esperanzas se han desvanecido. Sin embargo hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo –vinculado con esas verdades, esos objetivos y esas esperanzas– sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible.

[...] Y aunque en el camino para transformar ese mundo presente hay retrocesos, obstáculos y sufrimientos que en nuestros años juveniles no sospechábamos, nuestra meta sigue siendo ese otro mundo que desde nuestra juventud hemos anhelado.¹²

En su filosofar Sánchez Vázquez cobra conciencia de que su papel como intelectual comprometido era la alternativa que él había escogido para luchar por la realización de los ideales, utopías y valores que habían sido derrotados por el franquismo en la segunda República española, pero que podrían sobrevivir y desarrollarse desde la praxis filosófica. Así Adolfo Sánchez Vázquez

¹⁰ A. Sánchez Vázquez, “El imperativo de mi filosofar”, en *A tiempo y destiempo*, p. 63.

¹¹ A. Sánchez Vázquez, *Una trayectoria intelectual comprometida*, p. 90.

¹² *Ibid.*, p. 121.

se dio cuenta de que su quehacer como filósofo mantenía viva una tradición humanista y republicana propiamente iberoamericana que se ha desarrollado tenazmente por muchos siglos, en contra de la hegemonía de ideologías y regímenes totalitarios. Este humanismo republicano, rebelde y emancipador constituye la verdadera identidad del pensamiento iberoamericano:

Ciertamente, la patria que duele o la que se exalta, se sueña o idealiza no tiene nada que ver con la España “imperial”, “eterna”, de la doctrina franquista de la “hispanidad”. Es, en verdad, su antítesis: la España quijotesca humanista que a lo largo de los siglos, desde Luis Vives y Bartolomé de las Casas hasta Antonio Machado ha tratado de liberarse una y otra vez —la Guerra Civil ha sido su último y frustrado intento— de su carroña espiritual y su miseria material.¹³

Adolfo Sánchez Vázquez es, pues, al mismo tiempo heredero y forjador de una tradición humanista iberoamericana que ha luchado por construir un mundo con mayor libertad y justicia, y que por lo tanto se ha confrontado una y otra vez con los diferentes autoritarismos que han predominado en la historia del mundo iberoamericano. Paradójicamente gracias al exilio republicano español, este humanismo crítico y emancipador se ha situado y cultivado desde hace setenta años en Latinoamérica, principalmente en México, y de una manera destacada en nuestra Facultad de Filosofía y Letras.

¹³ A. Sánchez Vázquez, “Del destierro al transtierro”, en *A tiempo y destiempo*, p. 598.